

LA FUENTE

VOL. 1 | NO. 1, 2021

IBEROAMERICAN JOURNAL FOR CHRISTIAN WORLDVIEW

A CALL TO REFORMATION

Luther, Ibero-America and the Need for Gospel Reformation

Steven R. Martins

Restoring the Temple: Why We Need Educational Reform In Our Day

Paul Aurich

The Present Reformation in the Latin American Church

Javier Domínguez

Review of J.I. Packer's *Knowing God*

Joseph Owen



La reforma actual

en la iglesia latinoamericana



by Javier Domínguez

Del neopentecostalismo a la reforma: un análisis, una propuesta y una experiencia personal

TODO ESTABA LISTO para el momento principal de la noche. Las luces bañaban con sus colores un escenario en el que el grupo musical de apertura tocaba las canciones de moda en ese momento. Su presentación se fusionaba con el show de dos malabaristas con antorchas de fuego, uno a cada lado de la tarima. Al centro del escenario, un piloto de motocross realizaba un show de saltos en moto en un circuito de rampas. Todo era un éxito. En el público, más de mil jóvenes gritaban y saltaban extasiados golpeándose entre ellos, en el rito cultural conocido como “smash”. Los

adultos, bebida en mano, estaban esperando la presentación principal, por la que habían pagado la entrada.

Este no era un concierto, show o carnaval; todos estaban ahí en lo que para ellos era un culto especial de “adoración” a Dios del ministerio de jóvenes de una iglesia cristiana de mi ciudad. Luego de treinta minutos de esta “libre” expresión de adoración a Dios, el joven pastor salió al escenario y con una postura arrogante, expresó sus primeras palabras: “No somos un ministerio de jóvenes más en El Salvador, sino que somos el ministerio de jóvenes de El Salvador”. Al decir esto, estaba reclamando para sí una supuesta autoridad sobre los otros ministerios juveniles de su país. Estas atrevidas e ignorantes palabras, dichas

hace más de dieciocho años, las recuerdo no porque alguien me contó lo que sucedió ese día, sino porque ese pastor era yo.

Por misericordia y soberanía de Dios desde hace dieciséis años soy pastor reformado de la Iglesia Gracia sobre Gracia en El Salvador. Si bien es cierto, que como iglesia hoy gozamos de la salud que el evangelio bíblico de Jesucristo produce, consideramos la teología reformada como la más coherente de todas y es la base doctrinal del ministerio pastoral al cual Dios me ha llamado; en un inicio la vida de nuestra iglesia no estaba sobre ese fundamento apostólico, sino sobre el fuego extraño del neopentecostalismo y sus divergentes teologías como la de la prosperidad, autorealización y entretenimiento. La reforma que experimentamos a nivel comunitario empezó antes en mi propio corazón, fue una obra exclusiva y soberana del Dios de gracia; sin embargo, pasaron algunos años para que su fruto se evidenciara en la adoración colectiva.

Lamentablemente, similares experiencias a las de mi pasado, son el presente de muchas iglesias en Latinoamérica. Vemos pastores que son sinceros en su adoración, pero sin darse cuenta de que están sinceramente equivocados a la luz del evangelio. Otros, dándose cuenta de ello, están experimentando una

reforma en sus propias vidas, pero sin tener claridad de cómo llevar eso a la iglesia. Por esta razón, es mi intención en el presente artículo demostrar que la mayor necesidad de la iglesia en Latinoamérica es volver a colocar al Dios revelado en Jesucristo en el centro de su adoración y vida; pero que para lograrlo, necesita reformar su teología de tal manera que recupere la identidad evangélica, apostólica, confesional y piadosa, que ha caracterizado a la iglesia de Jesucristo desde sus inicios. En ese marco, también quiero proponer una serie de pasos estratégicos que cualquier iglesia local puede llevar a cabo para reformar su ministerio de manera sostenible, sin dañar a la congregación actual.

Para tal fin, desarrollaré este artículo en tres partes:

La primera parte es una vista hacia el pasado, al tiempo de la reforma. Presentaré lo que considero los principios teológicos elementales que impulsaron y justificaron la reforma de la iglesia y que, en cierto sentido, pueden ser relevantes e instructivos para nosotros en nuestra búsqueda de un entendimiento del movimiento reformado actual en Latinoamérica y su importancia.

La segunda parte es una vista hacia el presente. Considerando parte de mi experiencia pasada, haré una valoración de la teología divergente

detrás de las prácticas más comunes de la iglesia Latinoamericana en nuestros días, con el objetivo de evidenciar la necesidad de una reforma que ya ha comenzado.

La tercera parte es una vista hacia el futuro ¿Cómo reformar una iglesia local? ¿por dónde comenzar? ¿cómo evaluar el progreso de esa reforma? Aquí quiero proponer un proceso para poder transformar cualquier iglesia local en una iglesia reformada, con el objetivo de ayudar a aquellos servidores de Dios que están considerando hacerlo.

Así dice el SEÑOR: Paraos en los caminos y mirad, y preguntad por los senderos antiguos cuál es el buen camino, y andad por él; y hallaréis descanso para vuestras almas...
(Jer 6:16)

Una mirada a la reforma pasada

Aunque la reforma del s. XVI tuvo grandes implicaciones en la sociedad a nivel político, económico, científico, educativo y religioso, su enfoque no fue cambiar las formas o conductas de la iglesia, sino su teología. No fue sino hasta que la teología permeó el pensamiento y corazón de la iglesia, que toda tradición y estructura se fue reformando como consecuencia. La singularidad del movimiento de la reforma fue primordialmente teológica, siendo el núcleo de esta teología, Jesucristo. Dios revelado en Jesucristo fue el centro, la meta, el propósito, la fuerza, el alfa y la omega del movimiento reformado. Si atrevidamente quisiera resumir la reforma en una sola frase, diría que



fue un movimiento cristocéntrico, enfocado en Cristo y para Él. Carl Trueman en su libro “Reformation: Yesterday, Today and Tomorrow” define exitosamente la reforma como “el intento de colocar a Dios, revelado en Cristo, en el centro de la vida y pensamiento de la iglesia”. ¿Cuál fue la razón de esto? Para comprender los principios esenciales y los motivos que constituyeron la teología de los reformadores, debemos comprender primero los elementos sociales y espirituales que sirvieron de combustible para encender el fuego de la reforma.

En primer lugar, debemos considerar la ansiedad social de la época. Las sociedades europeas ya tenían tres siglos de estar enfrentado la “peste negra”, considerada la más grande epidemia de todos los tiempos. Para el siglo XV ya había muerto más de la cuarta parte Europa. Esto provocó una disminución demográfica por el temor a la procreación y a la muerte. Así, para la época de la reforma, encontramos una Europa ansiosa por respuestas espirituales a la pregunta sobre el estado eterno del alma después de la muerte. Por un lado, la academia ofreció poco sobre este tema pues la dogmática medieval había abandonado el texto bíblico para enfatizar la interpretación de los dogmas. Por otro lado, la iglesia romana que debió ser la responsable en responder, les predicó

una teología de la retribución ofreciendo la salvación a través de la compra de indulgencias o sacramentos. Este vacío de consuelo intensificó la ansiedad espiritual.

En segundo lugar, debemos considerar lo que Calvino llamó “los males” de la iglesia, que obligaron a los reformadores a buscar el remedio en una “restauración” de la misma. La iglesia católica romana estaba corrupta. Sus escándalos sexuales, asesinatos, avaricia, búsqueda de control de las riquezas y poder sobre el pueblo, eran realmente una consecuencia de la principal corrupción que sufría, la espiritual-teológica. Dentro del seno de la iglesia ya no existía el mensaje apostólico de la salvación por medio de Jesús, sino que se había establecido todo un sistema de salvación por obras que había sumido en idolatría a los pueblos. Este sistema salvífico tenía tres grandes pilares: La participación obligatoria de sus fiestas religiosas, la obligatoriedad en la compra de indulgencias y la dependencia permanente a los sacramentos, incluyendo la asistencia a las misas. El fundamento teológico detrás de estas imposiciones se construyó por más de mil años. Durante ese tiempo, la Iglesia de Roma había estado engañando al mundo diciendo que la gracia salvadora de Dios era impartida a la humanidad exclusivamente por

medio de los sacramentos y dogmas de la iglesia. Que Cristo no era el mediador directo, sino la Iglesia como su cuerpo. Afirman que como las autoridades de la Iglesia habían constituido de manera infalible el canon bíblico, ellos eran los únicos autorizados por Dios para decir qué significaba el texto y con ello, todos tenían que aceptar su interpretación sin derecho a cuestionar nada. En ese tiempo se desarrolló la doctrina de que el Papa es infalible, que posee la preeminencia en la iglesia, por lo que reclamaba absoluta autoridad sobre ella y por tanto, adoración como el vicario de Cristo, su sustituto en la tierra.

En este marco es que podemos comprender la magnitud de la obra de los reformadores y su objetivo de no atacar la moral o conducta de los líderes de la iglesia, sino su teología. Basta con ver la naturaleza teológica de las noventa y cinco tesis de Lutero y su teología de la cruz, para darnos cuenta que su lucha era por volver a colocar a Jesucristo en el centro de la adoración y el pensamiento de la iglesia. De igual forma lo vemos en Calvino, quien buscó incesantemente la reforma de la doctrina y práctica de la adoración legítima a Dios; de la justificación por gracia de Dios por medio de la fe y la doctrina y práctica del gobierno de la iglesia. Estos reformadores demostraron que la correcta

doxología y ortopraxis de la iglesia es el resultado de la correcta ortodoxia, aquella centrada en Jesucristo revelado en la Sagradas Escrituras y puesta como fundamento por los apóstoles y profetas.

La teología de los reformadores podemos resumirla en primer lugar como una teología teocéntrica y no antropocéntrica, centrada en el Dios de la Biblia, en donde la doctrina de Dios se estableció como el fundamento de las demás doctrinas; pues a través de conocer a Dios y su gloria es que conocemos nuestra condición de pecadores, la necesidad de salvación, la preeminencia de Jesús como el Salvador, y toda interpretación de la realidad. En segundo lugar, fue una teología basada en la única Palabra escrita del Dios único, acerca del único Salvador de los pecadores, Jesucristo. En tercer lugar, fue una teología cuya causa material fue la justificación por medio de la fe en Jesucristo. En cuarto lugar, fue una teología cristocéntrica. Recuperó la singularidad de Jesucristo como el centro de la autorevelación de Dios en la historia bíblica, el mediador entre Dios y los hombres como sacerdote, profeta y rey. En quinto lugar, fue una teología que cambió la falsa adoración sacramental por la auténtica adoración a Jesucristo por medio de la predicación de su Palabra centrada en Él, la obediencia, la confesión pública

La teología de los reformadores podemos resumirla en primer lugar como una teología teocéntrica y no antropocéntrica.

de la fe y la confesión privada de los pecados ante de Dios.

Las cinco solas reflejan la práctica de esta teología de los reformadores. Cada una de ellas fue una respuesta a los distintos males que corrompían a la iglesia y buscaba reformar eso en lo que la iglesia se había deformado. La “Sola Escritura” fue el grito de guerra contra los abusos que el papado ejercía sobre los creyentes y contra sus herejías. Testificando a favor de la verdad y la autoridad de la Biblia, negaron públicamente que el Papa estuviera por encima de la Palabra de Dios como autoridad para atar la conciencia de los cristianos. Declararon que solo la Escritura es la autoridad para todos los asuntos para la vida y piedad, y es a ella que debemos atar nuestra conciencia. La “Sola Fe”, como causa material de la reforma, fue la respuesta contra el falso sistema de salvación de la iglesia católico romana y sus tres pilares anteriormente mencionados. Afirieron que la salvación no es por obras meritorias, sino por gracia, pero apropiada por medio del don de la fe en Jesús. No es “fe en la fe”, sino

fe en Jesucristo y su obra en la cruz. La doctrina “Solo Cristo”, afirmó que no hay ningún vicario de Cristo en la tierra pues solo Cristo es la imagen visible del Dios invisible, único Salvador y mediador entre Dios y los hombres, único Señor Soberano. La “Sola Gracia”, afirmó que la salvación nunca ha estado administrada o controlada por la iglesia, ni sujeta a los métodos y rituales que ella obligaba a practicar o comprar para obtener la gracia salvadora; la salvación es por gracia, solamente mediada en y por Jesucristo. La doctrina “Solo a Dios la Gloria” surgió contra la idolatría que la iglesia romana obligaba a los creyentes a practicar a través de sus fiestas tradicionales, supersticiones y adoración a imágenes de santos y ángeles.

Una mirada a la reforma presente

Esta rápida mirada al pasado es valiosa por cuatro razones. En primer lugar, nos ayuda a comprender la naturaleza, importancia y alcance del movimiento reformado que actualmente

está sucediendo en Latinoamérica. En segundo lugar, nos ofrece un criterio de evaluación que justifique la necesidad de una reforma en las iglesias teológicamente deformadas. En tercer lugar, nos muestra el enfoque que todo movimiento de reforma debe mantener; y en cuarto lugar, nos presenta los motivos correctos en aquellos que serán utilizados por Dios para que sirvan en tal importante tarea.

Muchas de las prácticas comúnmente aceptadas dentro de la iglesia de hoy demuestra que los mismos errores doctrinales que justificaron la reforma del s. XVI están presentes en la adoración, liturgia, fe, vida y moral de gran parte del cristianismo latinoamericano. Para presentar algunas evidencias puntuales de esto, ocuparé parte de mi propio testimonio.

Cuando hace más de veinte años llegué a la iglesia que hoy pastoreo, no era en lo absoluto la iglesia que hoy es: evangélica, apostólica, confesional y que procura la práctica de la piedad; sino que era una iglesia pentecostal en su doctrina pero neo-pentecostal en la práctica. Recuerdo que en aquellos días, el pastor general afirmaba que la Biblia era la autoridad de la iglesia, que la salvación era por medio de la fe en Jesucristo por gracia de Dios, que solo Cristo era el mediador de esa gracia entre Dios y los hombres, y que todo se hacía para darle gloria a Dios;

pero cuando comencé a congregarme observé que sus prácticas religiosas mostraban una deformación teológica muy profunda, oscura y divergente al evangelio.

Por ejemplo, en el servicio dominical la liturgia era simple, iniciaba con un tiempo de alabanzas en el que se animaba a la iglesia a saltar, girar, gritar sin ningún control, bajo la enseñanza de que se debía de adorar a Dios con “libertad”. En los cultos de jóvenes este principio fue llevado al extremo. Algunos que decían sentir que el fuego del Espíritu Santo les quemaba, se quataban por completo la camisa; otros hacían smash, y en mi caso, cuando ya era pastor de jóvenes, me lanzaba desde la tarima de la iglesia para que los jóvenes me sostuvieran sobre sus cabezas, al igual que algunos artistas hacen en ciertos conciertos musicales. Yo estaba convencido de que esas eran expresiones sinceras de adoración que Dios aceptaba.

Luego de esto se pasaba al sermón. Teológicamente no eran teocéntricos sino antropocéntricos, una mezcla entre teología de prosperidad y lo que Lutero llamó la “teología de la gloria”. Tenían por objeto la satisfacción del oyente. En estilo, los sermones eran terapéuticos, pragmáticos y altamente sensoriales. Estructuralmente no desarrollaban ninguna exégesis, sino que predicaban aquello que según

ellos “el Espíritu Santo había revelado en secreto al predicador mientras hacía el sermón”. Su mensaje debía contener nuevas revelaciones proféticas para la congregación. Jesús realmente era anecdótico dentro de este tipo de sermones.

Después del sermón venía la parte mística del culto dominical. Cuatro prácticas místicas eran comunes. En primer lugar, las fórmulas metafísicas y mandatorias como “Yo declaro”, “yo decreto” y “yo confieso”, que se ocupaban para ordenarle a la prosperidad, la salud y el dinero que vinieran a la vida de las personas. Se asumía que el cristiano tenía autoridad inherente sobre estos elementos y realidades como para darles órdenes para que le favorecieran. En segundo lugar, los pastores imponíamos manos sobre los asistentes para que hubiera una transferencia de unción o bendición de parte nuestra hacia ellos. Se les motivaba a buscar experiencias místicas sensoriales que les asegurara que habían recibido dicha la unción, favor o gracia. En tercer lugar, se les ordenaba a realizar pactos económicos para que pudieran obtener gracia material, física o espiritual de parte de Dios. (La manipulación siempre ha consistido en hacerles creer que si no dan su dinero a Dios entonces no recibirán nada de Él). Una teología de la retribución. La figura del pastor, por

tanto, era de un mediador de gracia y unción entre Dios y el pueblo. Esto por supuesto, llevó a muchos abusos espirituales. El pastor no podía ser cuestionado, confrontado o corregido, sino solo obedecido, puesto que tenía la unción del Santo y las revelaciones especiales proféticas de parte del Espíritu. Estas revelaciones o profecías una vez dadas eran consideradas infalibles y mandatorias para todos. En cuarto lugar, el llamado a la conversión por medio de la “oración del pecador”, que es un llamado a una salvación mística sin Cristo, a través de depositar su fe en la fe que la persona tenía.

Muchas iglesias latinoamericanas practican todo esto y más. Al igual que en el tiempo de la reforma, notamos que el problema no es la conducta o la práctica eclesiástica en sí misma, sino las mentiras que creen como verdaderas. El problema es la falsa teología que han asumido con ignorancia y los lleva a corromper a la iglesia misma.

Si analizamos estas prácticas bajo el microscopio de la teología defendida por los reformadores, podemos hacer una descripción clara de la teología detrás de estas tradiciones religiosas. Es una teología antropocéntrica, no centrada en el Dios de la Biblia, cuyas doctrinas no son apostólicas, aunque digan que son bíblicas. Es una teología

que en la práctica no considera la Biblia como única autoridad de la iglesia, sino también a toda experiencia mística espiritual del creyente: “Siento, luego existo”, “profetizo, luego hago”. Una teología que en la práctica no considera a Jesucristo como el único mediador entre Dios y los hombres, sino que también lo son sus líderes espirituales. Una teología cuya justificación no es “por medio” de la fe, sino “por la fe” en “la fe” misma. Es una teología cuya doxología es falsa y por tanto idólatra, pues en la práctica lleva a adorar a la criatura antes que al Creador. Una teología que enseña que la gracia y el favor de Dios es mediada, controlada y distribuida místicamente por la iglesia a través de sus líderes espirituales. Y por último, es una teología que enfoca a los pastores a hacer de la prosperidad, fama, poder y dinero las metas del ministerio y la manera de evaluar su éxito; y no la gloria de Dios. En resumen, es una teología divergente al evangelio bíblico de Jesucristo, a la doctrina apostólica, confesional y piadosa; por tanto, es una teología mundana en todo el sentido de la palabra.

Todo lo anterior nos da evidencias claras de la necesidad de reformar la iglesia latinoamericana. De volver a colocar al Dios revelado en Jesucristo en el centro de la vida, pensamiento y adoración de la iglesia. Sin embargo,

algunos que han sido inquietados por Dios en esto no saben qué hacer, por dónde comenzar o qué pasos dar para hacerlo sostenible. Por esta razón, a continuación, propondré una serie de pasos para que cualquiera pueda gozar de la revitalización que trae el actual movimiento de reforma, que Dios ha iniciado en Latinoamérica desde un tiempo atrás.

Una mirada a la reforma futura

Cuando Dios me hizo regresar personalmente a su Palabra y centralidad de Jesucristo, ya había sido llamado a pastorear la iglesia cuyas prácticas he descrito anteriormente. Esta reforma en mi corazón me llevó a una tensión entre lo que sabía que debía hacerse en la iglesia versus lo que la iglesia, por tradición religiosa, estaba practicando y no quería dejar. Sin embargo, fue con el tiempo que Dios nos dio sabiduría sobre qué hacer y cómo llevarlo a cabo para que esta reforma teológica fuera llevada a la vida y al pensamiento de la iglesia local. El proceso que duró algunos años, lo he podido resumir en una serie de pasos que otras congregaciones, que se encuentran en un proceso similar de transformación de una iglesia pentecostal a una reformada, han ocupado exitosamente. Es el propósito de esta

tercera parte del artículo compartirlo con ustedes.

Lo primero es exponer a la iglesia al evangelio bíblico de Jesucristo. No hay palabras suficientes en el mundo para poder hablar acerca de la importancia, la gloria y grandeza de Jesucristo para su iglesia. Él es su todo. Su Alfa y su Omega, su razón de ser, el propósito y meta de su actividad, su vida, sabiduría y poder. Por esto, la Biblia afirma que entender su evangelio, proclamarlo, enseñarlo y aconsejarlo, es el único medio por el cual la iglesia nace, crece y madura; mientras que a su vez es el fin por el cual debe trabajar y luchar incansablemente. Por tanto, todo proceso formal de reforma debe iniciar por medio de enseñar, con claridad, el evangelio bíblico de Jesucristo en cuánto a su identidad, contenido, estructura y alcance. Históricamente la raíz teológica de la reforma es, sin lugar a dudas, el evangelio. Por esta razón, a los cristianos en la época de la reforma les llamaron “evangélicos”, porque sus acciones y palabras estaban orientadas a santificar públicamente la gloria de Jesucristo, por medio de considerar cada día el evangelio para la práctica y la piedad. Un evangélico es aquel cristiano que cada día considera la santidad del Dios único, que observa su propia debilidad como necesitado de redención, pero medita y celebra la gloria de Jesucristo

como único Salvador y mediador entre ese Dios santo y los pecadores. Esta clase de consideración diaria del evangelio hace que la iglesia camine bajo el temor y agradecimiento a Dios. El primer paso para dar inicio a una verdadera reforma teológica en la iglesia, es pasar de ser cristianos a evangélicos, y esto se logra enseñando el evangelio. Esto debe hacerse desde el púlpito, por medio de estudios bíblicos y discipulados.

En segundo lugar, una vez se ha devuelto la gloria del evangelio a la iglesia, ahora es necesario que la Biblia sea afirmada en cuanto a su naturaleza, sentido, teología y autoridad sobre la iglesia. Hay que enseñar a la iglesia que la Biblia es la autorevelación de Dios en la historia redentiva, es la única Palabra del Dios único respecto al único Salvador. Debe mostrarse que, si bien tiene una dimensión literaria e histórica, posee una dimensión teológica cuyo centro es Jesucristo. Esto implica que, si la Biblia es cristocéntrica en su teología, debe ser interpretada cristológicamente. Una vez esta identidad teológica de la Biblia es recuperada, entonces se procede a enseñar su singularidad, infabilidad, inerrancia y perspicuidad. La Bibliología es la herramienta clave para este punto. Una advertencia es necesaria: si la Biblia es cristocéntrica en su teología, entonces los sermones



deben reflejarlo, deben exponer a Jesucristo desde el texto predicado. Aunque un sermón sea exegéticamente notable, con una interpretación gramatical-histórica correcta, un mensaje inspirador y con aplicaciones prácticas para la audiencia; pero si no concluye en Cristo, entonces el sermón ha perdido toda su eficacia y poder. Lo que la iglesia necesita es a Cristo y este es testificado exclusivamente por la Palabra. Predicar la Palabra, pero sin mostrar cómo apunta a Cristo, es entretener a la iglesia con moralismo. Recuerde que no todo el

que es bíblico es cristocéntrico, pero todo el que es cristocéntrico necesariamente es bíblico. La teología bíblica es una valiosa herramienta para que el pastor logre predicar expositivamente a Jesucristo.

En tercer lugar, la iglesia debe aprender las doctrinas apostólicas que la fundamentan. Recordemos que Jesucristo es la piedra angular de la iglesia, pero su fundamento son las doctrinas enseñadas por los apóstoles y profetas. A estas enseñanzas es que la Biblia llama: sana doctrina. El tercer gran logro de la reforma, después de

recuperar a Jesucristo por su evangelio y devolver la autoridad de la Biblia sobre la iglesia, fue recuperar las doctrinas fundamentales de los apóstoles. Recuperaron la doctrina de Dios, del hombre, surgieron las cinco solas como grito de batalla y más adelante se constituyeron las cinco doctrinas de la gracia, entre otras. Por esta razón, recomiendo que el tercer gran paso sea exponer a la iglesia a las doctrinas fundamentales de la reforma y a la teología sistemática.

En cuarto lugar, a esta altura de la enseñanza a la iglesia, es importante en términos de apología e identidad eclesiástica, exponer a la iglesia al estudio de los credos y confesiones de la iglesia a lo largo de su historia, que aunque no tienen la autoridad de la Biblia, ofrecen un marco sólido de defensa contra las falsas doctrinas. Si una persona escucha algo fuera de este marco confesional, sabrá

identificar que muy probablemente esa enseñanza, por más lógica que parezca, contiene errores que pueden dañar el bienestar de la iglesia o su esencia.

En quinto lugar, recomiendo enseñar a la iglesia la práctica de la vida piadosa como fruto del evangelio. El temor a Dios, la obediencia como adoración e incluir una teología bíblica de misión.

Si han logrado darse cuenta, el enfoque de este proceso de reforma es el mismo que el de los reformadores del s. XVI, un enfoque no en cambios de formas, estructuras o conductas, sino un cambio en la teología misma de la iglesia; ya que esta transformación en su ortodoxia los llevará naturalmente a una transformación de su doxología y prácticas religiosas, por ejemplo, su liturgia, ordenanzas, ministerios de servicio, costumbres y tradiciones ¡todo para la gloria de Dios!

Javier Domínguez es rector de la escuela superior de estudios bíblicos y teológicos Semper Reformanda, pastor fundador de Iglesia Gracia Sobre Gracia, y presidente de Fundación Véritas, una organización dedicada a apoyar la calidad de la educación en El Salvador. Javier tiene una Maestría en Divinidades (MDiv), con doble titulación, por el Centro Presbiteriano de Post-Grado Andrew Jumper de Sao Paulo, Brasil y el Reformed Theological Seminary de Estados Unidos. Actualmente está realizando su Doctorado en Ministerio en el Midwestern Baptist Theological Seminary, Kansas City, Missouri. Está casado desde hace 19 años con Geraldina de Domínguez y es padre de 3 hijos.